

VENEZUELA

Por Iván Márquez

Los colombianos debiéramos fijar en nuestra conciencia que Venezuela, la República Bolivariana, no es un país agresor, sino un país agredido. Con generosidad infinita, a pesar de los agravios de los desagradecidos, nos sigue ayudando en la difícil búsqueda de la senda perdida de la paz. ¿Cómo vamos a olvidar tan rápido que Venezuela acogió solidariamente en su suelo a más de 5 millones de migrantes colombianos que empujados por las penurias económicas buscaban un mejor futuro para sus vidas? Y Caracas no armó ningún escándalo ni ejerció por ello presión internacional contra el Gobierno de Bogotá.

En el pasado el relampagueo de sus armas y el genio de Bolívar nos dió la libertad y nos dió existencia política en una Gran Nación de repúblicas hermanas llamada Colombia. Ese es nuestro destino. Somos y seguiremos siendo dos pueblos hermanos hasta el fin de los siglos a contracorriente y contra quien sea.

Sin duda, la aureola de Venezuela que es su alma bolivariana, es la causa de la ojeriza que por ella siente la oligarquía santanderista de Colombia.

“El terrible monstruo del norte” -como llamaba El Libertador a los Estados Unidos- quiere su petróleo, y con esa obsesión ha capitaneado, junto a la derecha colombiana el sabotaje económico para derribar al gobierno de Miraflores, y de paso recuperar a Venezuela como colonia.

Es una vergüenza la diplomacia de guerra desplegada por la cancillería colombiana contra el país vecino. Convirtió a Venezuela en monotema de su política exterior. Paseó a Caín Almagro de la OEA por toda Colombia para que promoviera la invasión militar. Tras el falso humanismo de sus palabras destella el puñal de la discordia con la que trata de aislar en la ONU al Gobierno del Presidente Nicolás Maduro. Lo que realmente quiere el Gobierno de Colombia es desatar una guerra fratricida, a todas luces irracional e irresponsable. Con toda seguridad a Duque no le gustaría que algún expresidente loco incitara al ejército colombiano a apuntar sus fusiles contra el Palacio de Nariño como descaradamente lo hace su jefe Uribe azuzando a los militares venezolanos al golpe de Estado contra el Palacio de Miraflores.

Duque no tiene ninguna autoridad moral para graduar de dictadura al Gobierno de Maduro. Tampoco para amenazar a nadie con la Corte Penal Internacional por violación a los derechos humanos, cuando su jefe político es “el autor detrás del autor” de los falsos positivos y que mucho tiene que ver con los 100 mil muertos del paramilitarismo que denuncia la organización Memoria Histórica. Debiera abandonar su perorata de engaño que atribuye a Maduro recurrir “al demonio belicista para aferrarse al poder”, cuando realmente lo que quiere es volver a la guerra interna para arrojar al incendio del olvido la verdad sobre los responsables del conflicto y la reparación integral de las víctimas por parte del Estado. Un Estado que ha victimizado con su política neoliberal

al 70 por ciento de sus conciudadanos y que ha convertido a Colombia en el segundo país más desigual del mundo, solo puede hablar con el timbre de la hipocresía.

Causa perplejidad la protección que brinda Duque en Colombia a Julio Borges, responsable del reciente atentado con drones contra el Presidente de Venezuela. Eso no es un mérito; es una mancha en el corazón de la personalidad. ¿Y qué decir del parlanchín embajador de Colombia en EEUU, señor Francisco Santos quien habla de disuadir estratégicamente a Venezuela, de escudos y de obsolescencia de los Mirages de la Fuerza Aérea? Se parece a Mamburú. Si miramos las décadas pasadas podemos decir que Venezuela es garantía de paz para América Latina y el Caribe. Jamás será una nación agresora, como lo ratifican sus dirigentes.

La gente del común en Colombia, la que no se ha dejado doblegar por el estruendo mediático, se aparta de la insania de su Gobierno contra Venezuela. El sentido común invita a impulsar la hermandad y la solidaridad entre los dos pueblos. Incluso, entre sus gobiernos. Venezuela es capaz de arreglar sus propios problemas. La injerencia de Colombia en los asuntos internos de la República Bolivariana, es horrible, y mucho más si lo hace como peón de intereses geoestratégicos.

Muy valiente la comparecencia del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, ante el foro de las naciones del mundo en Nueva York a explicar sus razones y la causa de la crisis.

Que América Latina y el Caribe sean siempre territorio de Paz.